

Salvador Reyes

El fuego

En otro tiempo soñé con conocer Nuremberg, con pasearme entre sus casas de techos puntiagudos sobre los cuales resbala la nieve del largo invierno; con detenerme ante las vitrinas de sus jugueterías, las más bellas del mundo, según se afirma. Eso fue antaño. Ahora la palabra *Nuremberg* sólo evoca para mí una inmensa cervecería. La cerveza no me gusta y Nuremberg ha dejado de interesarme.

Es curioso lo que ocurre: según las distintas épocas de la vida el valor musical de los nombres va cambiando o se va debilitando a medida que el tiempo pasa. En la niñez los nombres de ciertos países y ciudades tienen el sonido de monedas de plata o de sedas que se estrujan, de campanas, del hielo cuando empieza a quebrarse en primavera. Después esas sensaciones se apagan o son reemplazadas por otras. En mi niñez la palabra *Lucerna* me abría un miraje de claroscuro hacia una montaña de hielo rutilante al pie de la cual se extendía una vaga ciudad con sus fanales rielando en el lago. Me bastaba murmurar *Lucerna* para que se abriera esa ventana hacia el miraje nocturno e iluminado. Muchos años pasaron y cuando por fin llegué a Lucerna, vi en realidad aquellos fanales rielando en la nieve y en el agua del lago, al pie de la montaña de reflejos misteriosos. Amaba también cuando niño la palabra *Esmirna*, que suena como cascada de pequeños guijarros y que estaba escrita en la tapa de un bloque de papel-cartas. Sobre ese fino papel de hilo, mi torpe pluma de escolar perezoso hacía un ruido de *esmirrrrrna*.

Ahora muchas palabras han perdido para mí la facultad de construir paisajes, como si el sonido se hubiera gastado. La música es más fiel y ciertos aires están impregnados de sensaciones de mi infancia. Ciertos vales de Franz Lehar, *Para Elisa*, algunos *Nocturnos*, ¡qué mundos resucitan!... También ciertas combinaciones de perfumes y de colores... Siento, como si lo hubiera vivido, el famoso episodio de la *madeleine* de Proust. Es una hermosa aventura de los sentidos.

Todo este largo preámbulo no sirve al fin sino para decir que no conozco Nuremberg. No; pero conozco a un hijo de esa ciudad. Se llama Heinrich Horendsen y ahora debe andar por los sesenta años. Hace ya mucho tiempo, me contó un episodio de su adolescencia revelador de lo difícil que resulta a ciertos

hombres cumplir la misión para la cual nacieron. Ahora, no sé por qué, siento a mi vez el deseo de relatar esta aventura, aunque ella nada tiene que ver con lo que evocaba para mí antaño la palabra Nuremberg.

En realidad, Horendsen nació en Nuremberg nada más que por accidente. Su familia habitaba una aldea cercana, pero, como el parto se anunciaba difícil, la madre fue a dar a luz a una maternidad de la ciudad.

Heinrich se crió en la aldea donde su padre poseía la mejor (o tal vez única) tienda de comestibles. Hizo estudios en la excelente escuela del lugar y pasó a trabajar con el autor de sus días, a quien, como hijo único, debía reemplazar en el negocio cuando el viejo creyera llegada la hora de quedarse en casa, fumando su larga pipa de porcelana.

Desde su tierna edad, Heinrich se reveló despierto y de fácil comprensión para cuanto se le enseñaba. Inteligente, en una palabra. Pero al entrar a la adolescencia una pasión empezó a avasallarlo y a ahogar la viveza de su espíritu: la pasión de la bomba contra incendios. En la aldea no existía brigada de bomberos rentados y militarizados, sino un modesto grupo de voluntarios. Por lo demás bastaban, porque entre aldeanos rutinarios y meticulosos el fuego no desbordaba jamás el lugar que se le señalaba, fuera chimenea u hornillo de pipa.

Los niños se deslumbran con los bomberos como con todos los personajes que visten uniforme (y en eso se muestran más eclécticos que las amas encargadas de criarlos, las cuales manifiestan una inclinación marcada por los militares), pero Heinrich Horendsen no profesaba a la bomba y a sus servidores la admiración normal de un muchacho, sino una descontrolada pasión. Vivía soñando en carros cargados de instrumentos de salvamento, en escalas y mangueras. Todo esto no habría ofrecido peligro al no mediar la circunstancia de que la existencia de los bomberos está ligada a la amenaza del incendio y que, por lo tanto, no se puede hacer un ideal de la bomba sin idealizar previamente al fuego.

La madre de Heinrich no se diferenciaba gran cosa de las otras madres del mundo, es decir que juzgaba admirable cuanto lucubraba la rubia cabeza de su único hijo. Así nada le parecía más empapado de buen sentido que la obsesión bomberil del muchacho. Mas el padre, hombre equilibrado y frío, se alarmó y se propuso —bombero a su manera— combatir el fuego pasional que ardía en el alma de su vástago. Empezó por someterlo a una estrecha vigilancia con objeto de

impedirle las escapadas al cuartel, donde pasaba horas en contemplación de los artefactos contra incendios y en charlas con el cuidador, que, por su parte, sintiéndose más militar que bombero, prefería el tema de las cargas de caballería.

Pero esta medida no dio el resultado que el viejo esperaba. Heinrich se tornó melancólico, se quedó en los huesos y decoró al almacén paterno con la figura de un espectro del cual empezó a huir la clientela. Consultado el médico, éste habló de afección neuropática y de la necesidad de no contrariar al enfermo. Papá Horendsen tuvo que rendirse, y al cumplir Heinrich los diecinueve años recibió el más codiciado regalo: la autorización de entrar a formar parte de la brigada bomberil.

Fue un gran día ese en que el muchacho pudo recorrer las calles vestido con su flamante uniforme. Su casco metálico brillaba al sol como el de un personaje mitológico.

Pero aquél no podía ser sino el primer peldaño de una gloriosa escala. Como el poeta obsesionado por escribir la obra maestra, como el bacteriólogo que persigue día y noche el virus a la moda, Heinrich Horendsen tendía con todas las potencias de su ser a un solo fin: a llegar a ser jefe del cuerpo de bomberos.

Aquí se planteaba el intrincado problema: para triunfar no bastan las condiciones propias ni la voluntad; también es indispensable el medio propicio. Un almirante no puede producirse en una granja ni una rosa en una máquina de escribir. Para llegar a capitán de su brigada, Heinrich necesitaba el elemento que le permitiera actuar. Es decir, necesitaba el fuego. Porque ¿cómo va a demostrar su capacidad profesional el aviador que carece de avión o el cirujano que no dispone de enfermos?

En la aldea de Heinrich el fuego se hallaba en las cocinas y en las chimeneas. Fuera de allí sólo brillaba en casa del herrero. Era un fuego que, circunscrito a los bajos menesteres domésticos, había perdido su voracidad primordial y su alegría dionisiaca. A la calle salía solamente en la hornilla de las pipas, invisible casi.

Los bomberos del pueblo (con excepción del joven Heinrich naturalmente) se mostraban satisfechos con esta domesticación del fuego. Iban al cuartel de vez en cuando y removían alguna vieja manguera para cerciorarse de que estaba apolillada o abrían algún grifo para averiguar si disponían de agua. En algunas festividades, vestidos con sus vistosos uniformes, desfilaban tras la charanga municipal con el

fin de pavonearse como personajes, pero sin amor por el oficio bomberil. Carecían del orgullo de quien se halla dispuesto a enfrentarse en cualquier momento con un enemigo temible, y hasta llegaban a declararse satisfechos porque desde tiempo inmemorial la campana de alarma permanecía muda.

Heinrich discutía esta pasividad: un bombero necesita incendios, ni más ni menos que un abogado necesita pleitos y un catedrático alumnos. ¿Qué hace un bombero sin fuego? ¡Nada; vegetar!

Su vocación de bombero no se resignaba; pedía con urgencia campo para emplear su talento y circunstancias para cumplir una carrera que sería gloriosa. Lo primero era alcanzar la jefatura de la brigada del pueblo. Después, se vería...

Pero su fervor no le servía de nada. El fuego, debilitado por tantos años de esclavitud, se negaba a desbordar los miserables límites que las mujeres del pueblo le habían fijado y dentro de los cuales lo manejaban sin respeto.

Fueron días y meses de tortura para Heinrich Horendsen. Se hallaba en la misma situación del violinista con las manos atadas.

Heinrich se debatía en la impotencia, y de tanto dominar sus ímpetus de acción, llegó a dormir poco y mal. A altas horas de la noche dejaba el lecho y vagaba hasta el alba por las desiertas calles de la aldea. A veces le parecía ver surgir las llamas sobre un tejado. Su corazón expelía con violencia un torrente de sangre juvenil. Iba a lanzar un grito de triunfo cuando se daba cuenta de que ese resplandor provenía sólo de la rutinaria aurora de verano en el cielo alemán.

Fueron días, semanas, meses de angustia y de inútil espera. Heinrich veía su porvenir destruido, sus brillantes dotes malogradas. Jamás ascendería a jefe de bomberos, jamás alcanzaría la apoteosis del héroe que domina al más cruel de los elementos.

Hasta que una noche...

Una noche, ese elemento escarnecido por toscas manos aldeanas y humillado aun por los gatos que, indolentes en las noches de invierno, se dejaban chamuscar los pelos al borde de la chimenea; ese elemento que parecía para siempre sometido se reveló en toda su deslumbrante y destructora grandeza. Los despavoridos aldeanos lo vieron surgir en diez puntos distintos a la vez, lo vieron enrojecer la noche, levantar sus retorcidas lenguas hasta los astros, cubrir el mundo con sus

espesas trombas de humo negro y devorarlo todo en una enloquecedora anticipación del Apocalipsis. La aldea ardía por sus cuatro costados, los muros se derrumbaban, las sólidas vigas se partían despidiendo torbellinos de chispas que iban a provocar otros incendios en establos, pajares y tejados de viejas maderas resacas. Gritos, llantos, mugidos, ladridos, llenaban la noche, porque el terror estremecía a hombres y bestias.

Heinrich Horendsen estaba sublime. Se le veía en distintos puntos a la vez; tan pronto empuñaba el hacha como el pistón; trepaba por una escala con tal rapidez que no se le podía seguir con la vista; salvaba a un niño en el momento preciso en que las llamas lo iban a devorar, hendía la puerta del cuarto en que una mujer había quedado prisionera, saltaba de un tejado a otro con agilidad felina. Los demás bomberos, dominados por el coraje y la pericia del más joven de ellos, lo habían reconocido implícitamente como jefe. Heinrich daba las órdenes precisas y todos obedecían.

Una vez apagados los últimos escombros, nadie habría osado disputarle al héroe la jefatura bomberil tan ambicionada. Cargos como ése se ganan a fuerza de arrojo y de eficiencia. Sin embargo, en sociedades mal constituidas como las nuestras, raramente se aprovecha al individuo de positivo mérito. Y así se vio que los diarios de Nuremberg, al dar cuenta del siniestro que había reducido a cenizas casi toda la aldea, en vez de anunciar el ascenso de Heinrich Horendsen a capitán de bomberos y en vez de elogiar su comportamiento heroico, se extendían en detalles para explicar cómo el incendiario había logrado realizar su siniestro plan.

Cumplida una larga condena, Heinrich Horendsen tuvo que abandonar Alemania para arrastrar por el mundo su destino truncado.